

STAR WARS

RELATO CORTO

NO IMPORTAN LOS PORQUÉS

ANDREW MARSH

En su primera misión de asesinato, Mara jade, de doce años, experimenta más de lo que puede llegar a comprender, cuando el trabajo no termina tal como se habría esperado.

¿Podrá aprender más cosas en esta misión que en cualquier sesión de adiestramiento?



No importan los porqués

Andrew Marsh



Título original: *Never The Whys*
Autor: Andrew Marsh (Madman007)
Publicado originalmente en Fanfiction.net, Inkitt, los foros de TheForce.net
Publicación del original: 2013
Ganador de la categoría **Best All Around/Beyond** de los 2014 Fanfic Awards de TheForce.net.

5 años antes de la batalla de Yavin

Esta historia es fan-fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Traducción: Darth Blindpath
Revisión: Bodo-Baas
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
21.04.20
Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Capítulo I

El enorme hombre huesudo estaba parado directamente delante de su mira. Su respiración se mantenía con una cadencia uniforme, pero aun así, ella se sentía nerviosa. Se trataba de un ser vivo. Esta vez, no se trataba de blancos generados por hologramas. Tan pronto como halase el gatillo de su rifle de francotirador, le daría fin a una vida. Por todo lo que había leído acerca del Jefe Administrador, Bruenor Olig, éste no merecía seguir viviendo. La gente del Sistema de Valphrin sólo seguía sus órdenes de manera obligada. Y aquellas cadenas forzadas terminaban involucrando al Imperio. Aparentemente, los intereses subalternos de Bruenor, estaban interfiriendo con los planes del Imperio.

—Con calma —susurró el comandante Adan desde una posición a sus espaldas—. El viento está soplando desde el noreste. Modifica la línea de tu mirilla unos cinco grados hacia la derecha.

Ella ejecutó la corrección que le estaba siendo indicada. Deseaba hacer esto de la mejor manera. Se trataba de una parte importante de su adiestramiento. Su desempeño había sido excelente en todas las categorías de entrenamiento que le habían sido presentadas. Ahora, se encontraba frente a un último desafío. Un blanco vivo. El lograr el éxito significaría sorprenderlo a *él*. Al único que se había encargado de ella, y que le había proporcionado un hogar en el Palacio Imperial. Él la había sometido a una instrucción intensiva con la élite de sus soldados y de sus guardias. Y ella deseaba continuar brindando sus honorables servicios a la causa del Imperio.

Se concentró en su blanco. Encontró un buen foco en la base de su cuello, allí donde empezaba la columna vertebral. Un impacto certero en ese lugar, y podrían apagar todas las luces. Inhaló de manera delicada, y dejó salir el aire lentamente.

Oprimió el gatillo.

El sonido de su rifle de francotirador, era diferente al de un bláster. Era menos potente, y su menor reverberación lo hacía más silencioso. Pero no por eso era menos letal. El proyectil se alojó sobre el área designada, y Bruenor se desplomó sobre el suelo. El pánico se esparció por toda la multitud a la que Bruenor se había estado dirigiendo. Una gran cantidad de gritos y chillidos se escucharon por toda el área. Los guardias en su conjunto, se volcaron hacia el lugar para brindarle ayuda a su jefe, en un vano intento por salvarlo.

Una Mara Jade de doce años de edad, se dio cuenta de que Bruenor ya estaba muerto. Una ligera sonrisa se formó en sus labios. Aquel momento había resultado ser glorioso. Su primera prueba verdadera de compromiso para con el Imperio.

El comandante Adan echó un vistazo a través de la ventana, y declaró:

—Buen disparo, muchacha.

—Mejor que los tuyos.

Adan soltó una risa sofocada.

—¿Te atreves a desafiar a un miembro de la Legión 501?

—*Ex*-miembro.

—Una vez que has sido parte del «Puño de Vader», siempre lo serás. Pero mantén esa clase de confianza. Tan sólo no exageres. Vamos, larguémonos de aquí. ¿Sabes cómo plegar esa cosa?

—Sí —dijo ella con un tono de desafío.

Empezó a retirar el rifle, al tiempo que Adan guardaba todo su equipo. Mara separó las dos secciones del arma, para colocarlas en el maletín. La sección con la mira describió un ángulo contra la abierta ventana. Adan la miró con desconcierto:

—¡Mara! ¡Cierra la mirilla!

—¿Qué?

—El reflejo de la mirilla. Ellos podrían verla desde allí abajo. Ciérrala ahora.

Rápidamente, ella colocó la tapa sobre el cristal, y Adan se aproximó a la ventana. Vieron a un grupo de guardias que levantaba la mirada en dirección hacia ellos. Y entonces, algunos de ellos se precipitaron hacia el edificio en el que ambos se encontraban.

—¡Ah, engendro Sith[1]! Lograron ver el reflejo. Vamos, tenemos que salir de aquí. Sígueme.

Mara sintió una punzada de culpabilidad mientras alojaba las piezas del rifle en su maletín, y salía por el pasillo detrás del comandante. Llegaron a otra habitación, una que tenía una ventana orientada al lado opuesto de la plaza en donde había estado congregada la multitud. La ventana se abría hacia una pequeña terraza. Ambos se lanzaron por encima de la pared de la terraza, y saltaron hacia el bajo techo de un edificio colindante. Luego, los dos se deslizaron hacia abajo por un tubo de drenaje, el cual los dejó a nivel del suelo.

—Por aquí —le ordenó Adan.

El soldado corrió calle abajo por un callejón, mientras Mara permanecía pegada a sus talones. El callejón giraba hacia la izquierda y hacia la derecha en diversas secciones, hasta que consiguieron llegar a un claro. Allí había un puente que había sido construido sobre un río pequeño. Una vez que alcanzaron el pie de aquel puente, empezaron a escuchar las fuertes pisadas de los guardias detrás de ellos.

Adan observó el curso de la corriente, y luego, el maletín que contenía el rifle de francotirador.

—Tíralo allí.

—¿Qué?

Adan lanzó su bolsón lleno de equipo militar al río, el cual provocó una gran salpicadura.

—¡Tíralo allí!

Con algo de dudas, Mara arrojó su maletín hacia el río.

¡Qué desperdicio de un arma tan excelente!

---

[1] Sithspawn: Engendro Sith. Interjección originaria de Corellia. N. del T.

También era la primera que había empleado en una misión como ésta. Recordó lo que Palpatine le había dicho acerca del valor sentimental de las cosas. La codicia por las cosas materiales, era algo necio.

Como si hubiera podido leerle la mente, Adan le dijo:

—Es eso o tu vida.

El retumbo de los pasos de los guardias estaba aproximándose rápidamente. Adan tomó a Mara por los hombros, y le dijo:

—Tenemos que separarnos.

—¡No, debemos permanecer juntos!

—Si nos atrapan a ambos, estamos perdidos. En este momento, eres demasiado valiosa. Yo voy a distraer a los guardias. Todavía tengo mi comlink. Recuerda tu entrenamiento para encontrar una forma de contactarme. ¡Ahora, vete!

Después de dudarlo por algunos segundos, pudo contemplar las elongadas sombras de los guardias que estaban llegando a la vuelta de la esquina del callejón. Se dio la vuelta y salió corriendo para atravesar el puente. Alcanzó la esquina de un nuevo callejón, en la margen opuesta del río. Volteó por un instante, y alcanzó a ver a los guardias con sus vistosos uniformes grises y rojos, intentando cercar al comandante. Sin previo aviso, Adan se zambulló en las aguas del río, al tiempo que los guardias abrían fuego con sus blásters DL[2] contra él. Mara no podía asegurar si los disparos habían alcanzado su blanco. El comandante Adan había desaparecido.

Se encontraba sola por primera vez en su vida.

Empezó a correr por el callejón, sin saber si el comandante seguía con vida o no, y tuvo que esquivar a varios de los habitantes de Valphrin, que se atravesaban en su camino. Finalmente, llegó a una explanada rodeada de diversas edificaciones, y en la que desembocaban varios de los callejones. Mara divisó un pequeño tendedero al lado de uno de los departamentos. La ropa estaba colgada al aire, en espera de que quedase seca. Recordó su adiestramiento.

Haz uso de cualquier disfraz.

Se dirigió al tendedero, y se apoderó de una oscura túnica que estaba allí colgada. Acto seguido, continuó corriendo a través del laberinto de departamentos. Una vez que estuvo segura de que nadie la seguía, se detuvo para recuperar algo de aliento. Debajo de un tramo de escaleras que conducían hasta los pisos superiores de un desvencijado edificio, se apreciaba un lóbrego agujero. Decidió esconderse en él.

Entonces, Mara comenzó a disfrazarse. Encima de su ropa se colocó la túnica, la cual era algunas tallas más grandes que la suya. Luego, amarró su largo cabello de tonalidad rojizo-dorada, en un apretado moño. Tomó un puñado del delicado polvo que cubría el suelo, y lo esparció por toda su túnica, su rostro, y su cabello. Para ese momento, ya había logrado mimetizar su apariencia. Ahora, de manera temporal, lucía como toda una ciudadana de Valphrin. Tal como se le había enseñado.

[2] Bláster DL: pistolas poco costosas elaboradas por BlasTech Industries. Pesaban cerca de un kilogramo, y podían almacenar hasta cien tiros en su carga. N. del T.

Sus lecciones anteriores no habían sido más que meras prácticas, en las que había estado siempre acompañada por algunos soldados, o por el mismo Palpatine. Ahora, no podía contar con nadie, salvo con ella misma. Y en aquel momento, podía disponer de algo de tiempo. Tiempo para reflexionar. Había *olvidado* cubrir la mirilla. Parecía ser una cosa tan insignificante… Pero aquella había sido la razón por la cual ahora estaba teniendo que ocultarse, y también había sido la causa de la huida del comandante Adan. Quizás pudiera haber escapado. Quizás pudiera haber recibido un tiro. O algo peor aún. Podría haber sido capturado. Pero Adan era un soldado con experiencia. Un integrante del mismísimo regimiento de élite de Vader. Él sabría qué hacer.

¿Pero lo sabría ella?

Para todos los propósitos, y sus implicancias, era no era más que una niña. Había algo reptando bajo la superficie de los recuerdos de su entrenamiento, que no había sentido nunca antes. Empezó a preguntarse:

¿Quizás alguna vez el comandante habría experimentado el miedo? No lo había demostrado nunca. ¿Pero acaso eso significaba que no lo albergara en su interior?

¡Detente, Mara Jade! No existe el miedo. Tan sólo el odio. El tener miedo no sirve para nada. No es algo productivo. Se trata de una emoción innecesaria. ¿Y qué era lo que Palpatine siempre le decía, acerca de las emociones? Que eran el mayor enemigo de la precisión.

Necesitaba seguir en movimiento. Necesitaba hallar una forma de poder contactar al comandante, de la manera que fuese. Aquello podría tomar algo de tiempo. Primero, debía encontrar algún refugio seguro. No podría permanecer para siempre en este sombrío agujero. Tendría que ubicar una vivienda que hubiese sido abandonada. O por lo menos, alguna que estuviese deshabitada. Era poseedora de un cúmulo de habilidades que podrían ayudarla a conjurar cualquier tentativa en contra de su vida.

Había comenzado a ponerse de pie para abandonar el agujero, cuando lo vio parado delante de sí…

Capítulo II

El pequeño niño tenía el cabello oscuro, con algunos mechones desaliñados y despeinados. Mara calculó que tendría unos seis o siete años. Permanecía de pie en el mismo lugar, en la parte iluminada frente a aquel tramo de escaleras, sin dejar de contemplarla. Se mantenía en silencio, pero en sus ojos se revelaba una persistente mirada de curiosidad.

La situación empezaba a ser frustrante para Mara: el tener que verse obligada a permanecer allí, «atrapada» por el pequeño.

—¿Qué? —le espetó—. ¿Qué es lo que quieres? ¡Lárgate!

Sin inmutarse, el niño respondió:

—¿Estás perdida?

—No. Sé exactamente en dónde estoy.

El rostro del pequeño se iluminó con júbilo.

—¿Estás jugando a *las escondidas*?

—Claro, chico. Estoy jugando a las escondidas conmigo misma. Uno, dos, tres, ¡allí voy! Oh, mira, me encontré. Se acabó el juego. Yo gané. Ahora, ¡lárgate!

—Te escuchas algo triste. Y atemorizada.

—No estoy atemorizada.

A continuación, el niño declaró sin la menor desconfianza de su parte:

—Me llamo Enoban Dusat. Eno, en corto. ¿Cuál es tu nombre?

—Retta —dijo Mara en el acto.

—Hola, Retta. ¿Quieres venir a mi casa para jugar?

—Y ahora, ¿por qué invitarías a una completa extraña a tu casa?

—Tú no eres una extraña. Yo sé que te llamas Retta.

Mara no pudo evitar reír ante la simplicidad del pequeño niño.

—Eso puede ser verdad, pero tú no me conoces.

—Todavía no. Pero si te quedas escondida allí, nadie va a poder conocerte. Vas a quedarte sola. ¿Dónde están tu mamá y tu papá?

—No los tengo —le respondió ella.

—Tal vez por eso estás triste. Deberías venir a mi cuarto. Tengo muchos juguetes que no dejan que me ponga triste.

—¿Dónde están tu mamá y tu papá?

—Mi papá está en el trabajo. Llegará pronto. Mi mamá ya no está con nosotros —le respondió en voz baja, y dando un paso hacia adelante, la tomó del brazo, y empezó a tirar de él—. ¡Ven conmigo, Retta, vamos!

Dándose cuenta de que necesitaba contar con un refugio seguro por el momento, y de que no iba a ser capaz de mantener en silencio a aquel pequeño niño, a menos que lo matase, Mara se puso de pie, y dejó que Eno le mostrara el camino. Él la llevó a través de las muchas viviendas que atiborraban los callejones de las zonas más alejadas de la ciudad. Se percató de que todas ellas estaban edificadas con la misma clase de

permacreto de color arena. Sería difícil diferenciarlas. Aun así, estaba segura de que podría trazar su ruta de regreso hacia el puente, si tuviera necesidad de hacerlo. Parte de su entrenamiento, había sido la memorización de direcciones. Estaba siendo arrastrada por el niño, hasta que éste se detuvo en frente de una humilde morada, en un primer piso.

—Aquí es —le anunció Eno.

El niño se dirigió a los controles de la puerta delantera, e ingresó un código. Mara tomó nota de la secuencia, y la guardó en su memoria. Incluso Palpatine se había sentido maravillado por su perfecta memoria gráfica a tan corta edad. Ambos ingresaron en el departamento, y el muchacho descendió por el pasadizo. Mara le echó una mirada a la configuración tan básica de aquella vivienda. Una cocina que conducía a un pequeño comedor. Un ambiente de estar con un holo-proyector no demasiado grande. El padre del muchacho no debía poseer demasiados recursos, pero se las apañaba bastante bien.

Mara memorizó la distribución de los ambientes, por si tuviera la necesidad de salir huyendo. Siguió el rumbo que había tomado el muchacho por el pasillo. Pasó por los servicios higiénicos, y llegó al final del pasadizo. Ante ella se encontraba otra puerta cerrada que requería un código. Intentó abrirla con el mismo código de la puerta delantera, y los controles empezaron a parpadear con luces de color rojo. No era el mismo. Y podría apostar una buena cantidad de créditos a que el niño tampoco debía saberlo. Se volvió hacia la derecha, hacia la segunda de las dos habitaciones. Dentro de ella, Eno ya estaba jugando con algunos de sus juguetes. Una réplica inofensiva de un bláster DL estaba entre sus manos.

—¡Blam! ¡Estás muerta! —chilló el niño.

Ella fingió haber sido alcanzada.

—¡Oh! Soy muy joven para morir.

—Papá me lo dio por mi Día de la Vida, este año —dejó caer el arma, y levantó un pequeño modelo de lo que parecía ser un Z-95 Headhunter[3]—. También me dio esto.

Con sus manos, hizo deslizar la nave por el aire, como si estuviera maniobrando en medio del espacio.

Mara sonrió. Todavía era demasiado joven como para pilotar una nave, pero Palpatine le había prometido que recibiría lecciones de vuelo cuando llegase a la edad adecuada. Pronto estaría volando la versión verdadera del modelo de Eno.

Eno dejaba volar su imaginación junto con el modelo, cuando los dos escucharon el sonido de la puerta delantera deslizándose para quedar abierta. Una voz grave llamó:

—¡Eno, hijo! ¿Estás allí?

Eno dejó caer su nave, y salió corriendo de la habitación, mientras atravesaba el pasadizo gritando:

—¡Papá!

[3] Z-95 Headhunter: caza estelar multipropósito, construido en conjunto por Incom Corporation, y Subpro. A pesar de ser considerado como anticuado, el Z-95 era muy durable, y capaz de adaptarse a una variedad de diferentes roles, lo cual llevó a muchos a considerarlo como el caza individual más versátil y respetable de su época. N. del T.

Mara siguió sus pasos, y llegó a ver al niño encaramándose sobre un hombre que parecía ser un clon de mayor edad de su propio hijo. Logró apreciar que sus ojos albergaban una gran tristeza.

El hombre la vio, y bajó a Eno.

—Veo que tenemos una invitada.

—Sip, ésta es Retta. La encontré ocultándose debajo de unas gradas.

Antes de decir nada, Mara decidió agregar un componente más a su disfraz. A su acento, le añadió una pizca de dejo coruscanti. Dudaba que Eno pudiera notarlo, pero sabía que su padre sí podría percatarse de ello.

—Él tiene razón, señor. Su hijo me halló debajo de unas escaleras.

—¿Por qué estabas escondiéndote? —le preguntó el hombre.

—Salí corriendo tan pronto como escuché el disparo que mató a Bruenor. Después de que él… hubo caído… pensé que era el mejor momento para…

Con toda intención, dejó la frase sin terminar.

—¿Para… qué?

Miró al hombre directamente a los ojos.

—Para escapar, señor. Ya verá, yo era… bueno, es algo vergonzoso el tener que decirlo…

El hombre levantó la cabeza comprensivamente.

—Tú eras una de las muchachas que estaban al servicio de Bruenor. Y habrías sido algo más, cuando llegases a la edad requerida.

Mara asintió lentamente. Palpatine siempre solía decirle que las mejores historias inventadas, eran aquellas que sus propios objetivos terminaban de completarlas.

Tan sólo dales unos pocos indicios, y ellos sacarán sus propias conclusiones.

—No me extraña que estuvieras asustada. Apuesto a que no tienes idea de porqué fuiste llevada al mitin de Bruenor el día de hoy.

Mara se encogió de hombros.

—Ellos tan sólo me llevaron a ese lugar. Para cualquier cosa que pudiera necesitar Bruenor.

Eno agregó:

—Retta no tiene mamá ni papá.

—Apuesto a que no. Por ahora, estás segura. Eres bienvenida a quedarte por el tiempo necesario. Las autoridades están indicándoles a todos que permanezcan dentro de sus casas. Todavía andan en busca de los asesinos.

—¿Asesinos?

—Sí, los guardias creen que se trata de un equipo trabajando en conjunto. Deben haberse separado.

Mara añadió una inflexión de pánico a su voz.

—¿Y todavía andan sueltos?

—Aparentemente sí. Pero no te angusties, chica. Soy más que capaz de defenderme, a mí y a mi hijo. Todo el aparato administrativo del estado está hecho un pandemonium. Pero bueno, los pobladores están celebrando. Ellos no van a extrañar al *Brutal* Bruenor.

Mara no pudo contener una risa sofocada.

—Escuché que era así como solían llamarlo.

—Apuesto que tienes una tonelada de historias para contar.

—Sí, señor.

El hombre resopló, y dijo:

—Pero, ¿dónde quedaron mis modales? Soy Nom Dusat. ¿Qué te parece compartir algunas historias acerca del Brutal Bruenor después de la cena?

Eno vitoreó con alegría, mientras Mara —y no Retta—, decía:

—Me parece un buen plan.

*****

A continuación, Nom procedió a prepararles una pequeña merienda, consistente en tiras de ronto[4] congeladas, las cuales calentó en su nano-ondas. Abrió una lata de ensalada de frutas para servirla con ellas. Se trataba de algo sencillo. Ciertamente, no era nada tan suntuoso como lo que estaba acostumbrada a comer Mara en el Palacio Imperial. Pero sin que ello importase en aquel momento, la adolescente devoró la comida, ya que se encontraba hambrienta. Al menos, era mejor que las raciones secas que el comandante le hubiera suministrado.

Nom empezó a hablar acerca de Bruenor. Enumeró todas sus faltas, incluyendo el engaño, y su afición por el juego y las mujeres, sin importar su edad. Sus apreciaciones políticas siempre habían sido egoístas. Nunca se había preocupado por los habitantes de su propio distrito. El único beneficiario de todos sus planes, había sido él mismo. Nom le preguntó a Mara si sabía algo acerca de que Bruenor había adoptado el mismo mandato del Imperio, con respecto a no permitir alienígenas en la administración estatal. Mara le dijo que sí sabía acerca de aquella regla de Bruenor, pero que no conocía la del Imperio. Por supuesto, Mara la conocía. Además, conocía todo acerca de Bruenor, ya que había leído el informe completo sobre su persona, de camino a Valphrin. Pero claro, Retta, no debía saber nada acerca del Imperio.

Eno salió con un:

—¡Papá, haz la del monstruo ronto!

—No, no creo que Retta quiera ver algo como eso.

—Sí, sí quiere. ¿Tú quieres ver al monstruo ronto, no es verdad?

[4] Ronto: grandes mamíferos cuadrúpedos que los jawas de Tatooine empleaban comúnmente como bestias de carga. Eran conocidos por su lealtad y su fuerza, pudiendo transportar cientos de kilogramos de peso. Eran lo suficientemente grandes como para espantar a los incursores tusken, aunque las máquinas los asustaban fácilmente, como las motos deslizadoras. Eran comúnmente empleados en Nubia y Benja-Rihn. N. del T.

—No estoy seguro de que quiera ver a ningún monstruo —Nom le dirigió una mirada avergonzada—. Es algo tonto.

—No, es divertido —chilló Eno—. Vamos, papá.

—De acuerdo.

Nom tomó un par de costillas de ronto, y las colocó dentro de su boca, con las puntas orientadas hacia los lados opuestos. Las costillas sobresalían como si se tratase de los colmillos de algún animal.

—¡Rawwwarrrrr! Soy el monstruo ronto, y estoy aquí para comerme a los niños pequeños.

Eno no podía dejar de carcajearse. La risa de Eno contagió a Mara. Le hizo preguntarse cuándo había sido la última vez que había reído. Se trataba de una actividad tonta. Sin sentido. Sin propósito. Pero era divertida. De repente, su risa se detuvo de golpe. La diversión no era algo permitido en su entrenamiento. Y lo peor de todo, después de contemplar el gozo compartido entre padre e hijo, fue la primera vez en la que se vio obligada a hacerse una simple pregunta:

¿Por qué la diversión estaba prohibida?

Nom continuó gruñendo:

—Porque aquí hay un bocado sabroso. Pero primero empezaré a hacerle cosquillas hasta que se muera de risa.

Nom empezó a hurgar delicadamente a Eno alrededor de su estómago. Eno empezó a reír más fuerte que antes, mientras se revolvía por encima de su silla.

Para Mara, todo aquello era una visión completamente extraña. Nunca había visto ni experimentado ningún contacto físico con nadie, al menos, no fuera de alguna situación de combate de cualquier tipo. Podía darse cuenta de todo el afecto compartido entre padre e hijo. Simplemente, no podía aceptarlo. El afecto llevaba a la emoción. Y la emoción conducía al fracaso.

Finalmente, Nom dejó ir a Eno, y extrajo las costillas de ronto de su boca.

—De acuerdo, ya es suficiente. Sólo faltaría que te enfermases por reír tanto con el estómago lleno. ¿Terminaste toda tu comida?

Eno asintió.

—Bien. Entonces puedes mostrarle a Retta cómo es que un muchacho crecido sabe limpiar la mesa.

Después de que Eno recogiera y apilara todos los platos, desapareció al interior de la adyacente cocina.

Mara le expresó a su padre:

—Un chico especial.

—Supongo que igual que lo fuiste tú alguna vez.

La mirada de Mara se perdió en el vacío.

—No estoy tan segura. Siempre fui una sirviente, desde que era muy joven. Incluso desde que era menor que Eno —dijo la joven, para continuar sosteniendo su tapadera.

Pero mientras más pensaba en todo eso, más se daba cuenta de que había cierta parte de verdad en aquella extraña situación.

—He sido huérfana desde que tengo memoria.

Nom dejó ver una media sonrisa.

—Yo también fui un huérfano. Pero a diferencia tuya, yo sí puedo recordar a mis padres. Murieron en un accidente, cuando yo no era mayor de lo que Eno es ahora.

Se produjo un incómodo silencio, antes de que él le preguntara:

—¿Sabes cuál es la mejor cosa de ser un huérfano? Que puedes aprender a ser tú mismo.

Sin proponérselo, Mara engulló un poco de saliva. Decidió cambiar ligeramente el tema de conversación.

—Eno dijo que su madre ya no está más aquí. ¿Acaso se marchó?

—En cierto modo. Murió dando a luz a Enoban. Él fue su último regalo para mí.

—Lo lamento. Realmente Eno debe ser muy especial para usted.

—Así es. Yo haría cualquier cosa por ese niño.

Como si hubiese recibido una señal, Eno apareció desde el interior de la cocina, con un aparato entre las manos.

—Papá, creo que tienes una llamada.

Dejó el dispositivo sobre la mesa, delante de su padre.

Un comlink.

Los ojos de Mara se iluminaron por algunos segundos. Todos sus cuestionamientos acerca de las emociones, desaparecieron en un instante. Ahora, todo lo que importaba, era la misión. Podría hacer uso del comlink para contactar al comandante Adan, en donde quiera que se encontrase.

Nom tomó el comlink y contestó:

—¿Sí, Dresh? Debes estar bromeando. ¿Que lo están transmitiendo en este momento? Correcto, voy a encenderlo.

Con un clic apagó el dispositivo, y se levantó para conectar la HoloNet.

—Hay alguna clase de anuncio en la red de Valphrin.

La imagen en el holo-proyector mostraba a un hombre algo agitado, sentado delante de un escritorio noticioso. Ya se encontraba informando:

—… para mantenerlos sanos y salvos. Nuevamente, la Guardia de Valphrin ha comprobado que el pistolero que disparó y asesinó al Jefe Administrador Bruenor Olig esta tarde, está suelto. Se sospecha que pueda estar armado, y es peligroso. La Guardia requiere que todos se queden en sus casas, para permitir una búsqueda más exhaustiva en toda el área. También se sabe que el pistolero tenía una cómplice. La única descripción que hemos recibido de las autoridades, es que se trata de una fémina con largo cabello de color rojo. Asimismo, su paradero es desconocido. Las autoridades advierten que no permitan a ningún desconocido, ingresar a sus hogares. La Guardia de Valphrin nos asegura que los perpetradores de este nefasto crimen, serán atrapados y deberán responder por lo que han hecho. Y lo que han hecho, ha sido segar la vida de un gran

hombre, un gran líder, y también una de las piedras angulares de la comunidad de Valphrin. A continuación, vamos a transmitir la biografía del ahora desaparecido, Bruenor Olig. Que descanse en paz.

Llegados a ese punto, Nom apagó el holo.

—No, no es como quieren hacerlo aparecer. Con todos sus intereses subrepticios, y con todas las puñaladas por la espalda que ese hombre le asestó a Valphrin a lo largo de los años, ahora quieren subirlo a un pedestal —se volvió hacia Mara—. Personalmente, me gustaría conocer a ese asesino, y estrecharle la mano.

Mara se quedó petrificada por un momento. Se preguntó si había colocado la suficiente suciedad sobre su cabello como para enmascarar su tono rojizo. Aquello le había conferido un color bronce, a diferencia de su rojo natural. Y la parte acerca de no dejar ingresar extraños a las casas…

¿Acaso Nom no lo había escuchado?

Parecía que no. Al menos, no en apariencia. Aun así, decidió que debía lograr escabullirse, y contactar a Adan. Tenían que escapar antes de que los guardias consiguieran capturar a cualquiera de ambos. El hecho de ser atrapada no la atemorizaba mucho. Eventualmente, podría hallar una manera de escapar. Lo que más la aterraba, era tener que enfrentarse a la ira de *él* por el fracaso. No podía permitir que eso sucediera.

Sin importar el precio.

Acto seguido, Nom les dijo:

—Bueno, ustedes dos se quedan a cargo de la base por un momento. Debo ir a los servicios…

Nom depositó el comlink sobre la mesa, y se dirigió hacia el pasadizo. El comlink. Ésta era su oportunidad…

*****

Sin embargo, Eno no le quitaba la vista de encima.

No hay problema.

—Hey, Eno, ¿qué sabes acerca de ese comlink?

—No mucho. Papá no me permite tocarlo.

Mara lo tomó de la mesa.

—¿Sabías que puede hacer música?

—¿En verdad?

Con esa afirmación, había logrado captar todo el interés de Eno.

—Bueno, en realidad no es música verdadera. Puedo tocar un conjunto de bips que podrían sonar como música.

Configuró el aparato en modo de encriptación. Empezó a oprimir el botón de activación de forma aleatoria. Una serie de bips emergieron del altavoz. Eno dejó escapar una risita entre dientes. Mara continuó con los bips, hasta que consiguió cambiar la frecuencia a la que Adan y ella habían convenido en usar, en caso de presentarse alguna

emergencia. Los bips que siguieron, ya no eran provocados al azar. Pero para Eno, todavía sonaban como meros bips.

En otro comlink, en algún lugar en Valphrin, un mensaje debía estar siendo recibido. Ella esperaba que llegase hasta el comandante. Pero tal vez, Adan podría haber perdido su comlink. O quizás éste podría haber resultado dañado. Sin embargo, Mara no podía desperdiciar la oportunidad que se le había presentado. Apenas había acabado de enviar su mensaje, cuando el vozarrón de Nom resonó por todo el ambiente.

—¿Qué están haciendo?

Antes de que Mara pudiera contestar, Eno exclamó alegremente:

—Papá, ella está haciendo música.

Delicadamente, Nom tomó el comlink de las manos de Mara, y se sentó sobre una silla, sin decir nada.

Sonriendo, Mara afirmó:

—Tan sólo le estaba mostrando un uso diferente para el comlink.

Finalmente, Nom empezó a aclarar las cosas:

—Yo no le dejo jugar con esto. No es un juguete —en dirección a su hijo, añadió—: ¿Correcto, Eno?

El niño vaciló antes de contestar:

—Supongo que sí. Pero fue divertido.

—Estoy seguro de que lo fue. Y hablando de diversión, ¿por qué no vas a jugar a tu cuarto por un rato? Papá desea hablar con Retta un momento.

—Pero pensé que podíamos jugar algo con ella.

—Quizás más tarde. Ahora, ve.

El niño asintió, y se encaminó a su habitación.

Mara pudo percibir que había algo diferente en Nom, desde que había regresado de los servicios higiénicos. No sólo se trataba de que el tono de su voz hubiera caído una octava. También se había producido un cambio físico en el hombre. Intentó concentrarse en descubrir de qué se trataba, pero sin querer llamar su atención. Pero en lugar de ello, Nom empezó con su propio interrogatorio.

—¿Qué era exactamente lo que hacías para Bruenor?

Ella se encogió de hombros.

—Cualquier cosa que necesitase. Traerle comida, bebidas, llevar el servicio de lavandería, y por supuesto, hacerle compañía. Él también necesitaba a alguien que se riera de sus estúpidos chistes.

—Uh huh. ¿Y también estabas desempeñando esas mismas funciones en el mitin de hoy?

—Algunas de ellas, sí. ¿Por qué?

—Bueno, porque se me acaba de ocurrir preguntarme por qué una sirviente como tú, debía estar presente en un mitin político. Los sirvientes de Bruenor, especialmente aquellos a los que les tenía consideración, solían permanecer en su Palacio.

—Oh, ¿así que ahora está teniendo dudas acerca de mí? ¿Es debido a lo que ellos dijeron con respecto a no permitir extraños en las casas? Fue su hijo el que me invitó a venir, porque vio que yo estaba asustada y sola.

—Estoy seguro de que lo estabas.

—¿Y entonces? ¿Piensa que yo simulé todo esto? ¿Cree que sería tan fácil de conseguir?

—Sería algo para un profesional.

—Oh, así que ahora yo soy una de los asesinos. Nom, sólo tengo doce años.

—Ya he pensado en eso. La única forma en que eso pudiera ser posible, es si tú fueses una acompañante. La cómplice de alguien. ¿No fue a él a quien le acabas de enviar un mensaje con el comlink?

Él lo ha averiguado, pensó.

Se maldijo a sí misma por no haber considerado esa posibilidad con antelación.

Nom continuó hablando:

—Ya lo ves, tan sólo me puse a atar algunos cabos después de escuchar ese comunicado. Pero después de regresar y escuchar os sonidos en el comlink, adquirí la certeza de lo que estaba pasando.

—¿Qué fue lo que logró escuchar? Aquello tan sólo eran algunos bips.

—Para un oído no entrenado, sí. Pero en mi juventud, tomé clases de técnicas de encriptación, ya que eran un requisito indispensable para conseguir trabajo en Sistemas Gailek.

Mara no logró quedarse con la boca cerrada:

—El sistema de seguridad más grande que existe en Valphrin.

Nom sonrió:

—Correcto. Me sorprende que una sirviente como tú, pueda conocer acerca de esos detalles. Ahora, no logré captar todo el mensaje que enviaste. Ha pasado mucho tiempo como para que yo pueda recordar los cientos de encriptaciones. Pero sí puedo reconocer los agrupamientos de los códigos. Lo suficiente como para saber a cabalidad de que se trata de un mensaje, y no de algunos bips emitidos al azar. ¿Fue para tu socio en el asesinato? ¿Acaso va a venir aquí?

Mara sintió una vez más, el estremecimiento de la derrota en ese aciago día. Demasiados errores cometidos en una misma misión.

¿Qué opciones le quedaban?

Sabía bien cuáles eran. Todas concluían con Eno terminando abandonado como un huérfano más. O algo peor que eso. Pero ya no le quedaba más espacio para las vacilaciones. Su entrenamiento como agente al servicio del Imperio, salió al frente. Debía hacer lo que tenía que hacer.

Al igual que Nom.

De pronto, se le ocurrió preguntarse por qué él estaba encarándola precisamente en aquel momento, después de haber ido a los servicios higiénicos. *Si* es que realmente se había dirigido hacia ellos. Mentalmente, examinó por completo al hombre, explorando

aquel cambio que estaba consciente que se había producido en él durante ese corto intervalo.

¿Quizás esto era parte de aquella Fuerza que Palpatine le había dicho que ella también poseía?

Se percató de que había algo en la manga de la túnica de Nom. Un abultamiento. Él estaba manteniendo su brazo derecho a cierto nivel. Había algo allí. Algo que no había estado antes.

Debió haberse quedado mirando demasiado tiempo a aquella anomalía en su brazo derecho.

Nom se dio cuenta de ello.

Con un movimiento inesperado, Nom rápidamente extendió su brazo. A su mano, desde debajo de su manga, llegó un bláster en miniatura. Él lo empuñó, e intentó apuntar con el arma a Mara.

Mara fue más rápida.

Aferró la muñeca del hombre, levantándola hacia el techo, de tal manera que el disparo no pudiera hacer blanco sobre ella. Como parte del mismo movimiento, con su otra mano, tomó un cuchillo que estaba sobre la mesa, y apoyó la punta del arma sobre la yugular de Nom.

Se inclinó hacia él, susurrando:

—Sería algo sensato que pensaras en soltar el bláster.

Capítulo III

Mara se mantenía inalterable mientras sostenía el cuchillo contra el cuello de Nom Dusat. Su borde no era muy afilado, pero en el ángulo en que lo mantenía apretado contra su yugular, un pequeño corte podría ocasionar un gran daño. Por algunos momentos, Mara pensó que Nom se atrevería a desafiar aquella directa amenaza contra su vida, y no soltaría el bláster. Pero entonces comprendió que él simplemente se encontraba congelado por el miedo.

Intentó calmarlo:

—No pienso lastimarte. A menos que sigas intentando apuntar con ese bláster hacia mi persona en los próximos cinco segundos.

Nom no necesitó contar los segundos. Retiró su dedo del gatillo, permitiendo que el arma colgara libre en medio de su mano. Apoderándose del pequeño bláster, Mara dejó de presionar el cuchillo contra el cuello de Nom, y lo depositó sobre la mesa. Empezó a examinar el pequeño bláster. Cabía exactamente dentro de su pequeña mano. Rastrilló el arma como toda una profesional, y declaró:

—Un bláster miniatura de BlasTech. De modelo para uso civil. Aww, todavía está programado en modo de aturdimiento. Realmente no deseabas hacerme daño, ¿no es verdad? Te agradezco por ello.

La expresión aterrada de Nom no sufrió modificaciones con aquellas palabras, pero finalmente logró articular:

—Ya no tienes tu acento.

—Sí, es uno de mis muchos trucos.

—Así que es verdad. Eres la cómplice del asesino.

—Casi —ella extendió su mano, y estrechó la de Nom, diciendo—: Permíteme concederte tu deseo.

Le tomó un momento, pero eventualmente Nom comprendió el significado de la acción de Mara. Sólo pudo susurrar:

—Tú. Fuiste *tú* quien mató a Bruenor.

—¿Y ahora ya no quieres estrechar mi mano? ¡Qué doble moral! —lo recriminó la pelirroja, mientras retiraba su mano.

—¿Eres una aprendiz, o algo por el estilo? ¿Estás practicando las maneras de matar a alguien?

—Sólo asesino a la escoria de la galaxia. A alguien a quien despreciabas hasta hace poco. Estoy practicando para hacer de la galaxia, un mejor lugar para vivir. Bruenor puede haber sido un pequeño escalón hacia ese objetivo, pero de todas formas, es un escalón.

—Eres tan joven…

—Así es mejor para poder llevar a cabo un buen engaño. Pero no lo logré contigo. Tú conseguiste descubrirme. Bravo, Nom.

—Todas tus historias, así como tu apariencia, eran falsas.

—Por completo. Tenía que mantener la tapadera. Sin embargo, algo de todo eso es verdad.

—¿Qué parte? No, déjame adivinar. ¿Lo de ser huérfana? Eso sí puedo creerlo. Usualmente, los asesinos son producto de la alienación. Sin conexiones que puedan resultarles incómodas.

—Según tus propias palabras, yo me hice a mí misma —le recalcó Mara.

—Tal vez. ¿Una agente a una edad tan corta? Quizás no seas algo más que un simple peón en el juego de alguien.

Con el revés de su mano, golpeó a Nom en la cara.

—Sigue así, y realmente conseguirás que quiera hacerte daño.

—Ah, un mecanismo de defensa. Debo haber tocado una fibra sensible. La verdad es que no me importa mucho lo que me hagas a mí. A diferencia de ti, yo tengo una familia que se hará cargo de Eno, y lo criará como si fuera un hijo suyo. Él ya sabe lo que es vivir sin una madre. Le he enseñado a vivir por su cuenta —Nom se inclinó hacia ella—. Sólo te pido que respetes su vida.

—Lo dices como si el hecho de tomar las decisiones, recayera en tus manos.

—Eres tú quien toma las decisiones —Nom hizo una pausa—. ¿No es verdad?

—Sí, lo es. Yo escojo mis misiones.

—¿O es que acaso tus empleadores lo hacen por ti?

Mara empezó a recordar los acontecimientos de hacía una semana. Palpatine la había convocado para decirle que tenía una proposición importante para ella. Tenía que ver con su primer encargo para eliminar a alguien vivo. También serviría para probar sus habilidades, y evaluar su desempeño. Había sido *él* quien había escogido la misión. Él había designado el objetivo. Ella lo había llevado a cabo sin dudarlo. ¿Acaso era ésa su finalidad dentro de la estructura del Imperio? ¿Cuáles eran los propósitos que Palpatine tenía para con ella?

¡Detente, Mara! Nom está intentando hacerte perder la noción de lo que eres.

—Sé lo que estás tratando de hacer. Estás intentando confundirme.

—Quizás tú misma ya estés confundida.

—¡No estoy confundida! —bajando el tono de voz, continuó—: Ya sabes, no es una buena idea el hacerme enojar. Ya *he* matado una vez.

—Sí, pero eso fue siguiendo órdenes. ¿Estás preparada para cargar con un asesinato por tu propia cuenta? ¿Puedes haber desarrollado el gusto por el asesinato después de una única vez?

—Continúa así, y obtendrás la respuesta para esas preguntas.

Nom rió entre dientes.

—Quizás no existan respuestas. O quizás te estés haciendo las preguntas equivocadas. Siempre debes preguntarte el «porqué».

Mara ya se encontraba nerviosa al momento de estallar:

—¡Siempre hay una razón detrás de cada una de mis misiones!

—Oh, estoy seguro de ello. Pero apuesto a que a ti nunca te dan las razones verdaderas. Verás, ésa fue la razón por la que dejé de ser soldado. Estaba cansado de destruir cosas sin conocer las razones. Y cuando digo destruir cosas, no me refiero exclusivamente a destruir construcciones o naves. Cuando uno mata o destruye bajo las órdenes de quienes detentan el poder, una parte de tu alma es destruida en el proceso. Renuncié luego de que Eno nació. Ahora, trabajo edificando cosas. El opuesto completo a destruir.

Mara suspiró:

—Debería dispararte para no sentirme tan aburrida.

—Tan sólo te estaba dando algunos consejos gratis con respecto a lo que representa tener una familia.

—Yo no quiero tener una familia.

—Todavía eres joven. Algún día, vas a querer tener una. Algún día vas a tener un hijo propio. Sólo entonces podrás comprender lo que significa un verdadero sacrificio. El mismo que yo estoy dispuesto a hacer.

Se vio interrumpido de pronto, cuando una serie de clics surgieron de su comlink. Mara sintió una punzada de alivio. Nom se quedó contemplando el aparato, y declaró:

—Tu socio en el asesinato aguarda.

Con un gesto, Mara lo hizo callar para poder escuchar los clics. El mensaje encriptado. En verdad, Adan seguía con vida, y estaba oculto en algún lugar de la ciudad. Memorizó las coordenadas de su punto de reunión. Y la hora en la que debía presentarse. Levantó la mirada para fijarse en el plateado chrono de Nom que estaba colgado sobre la pared. No tenía mucho tiempo. Ciertamente, no el que haría falta para sostener otra charla filosófica con Nom.

—¿Comprendiste el mensaje? —le preguntó Nom.

—¿Y tú no lo hiciste?

—Ya te he dicho que no logro recordar las secuencias. Para mí, ahora todo eso no son más que galimatías sin mayor sentido.

—Eso es bueno. Porque ahora debo marcharme.

—Empaquetaré algo de las sobras de la comida para ti. Y luego, ¿qué?

Ella se levantó, apuntándole con el bláster.

—Creo que lo sabes.

Nom bajó la mirada hacia el piso.

—Así es. Sé que se supone que éste debe ser el final. Pero no debería ser así. Supongo que es inútil decirte que ambos podríamos quedarnos con la boca cerrada, sin contarle nada de esto a nadie.

—Ambos sabemos que sólo hay una forma de garantizar eso. Ponte contra la pared.

Hizo un movimiento en el aire con el bláster.

Nom se puso de pie, pero su comportamiento cambió drásticamente a partir de ese momento. Él había estado intentando convencerla con sus razones. No había tenido éxito.

Mara pudo escuchar su lloriqueo.

Su voz se quebró:

—No. No, por favor, no. Si vas a dispararle a alguien, que sea a mí. Por favor, no metas en esto a mi hijo.

—Lo irónico de la situación, es que fue tu propio hijo el que me invitó a venir.

—Entonces, no permitas que esto sea su ruina. Por favor, te lo ruego. No estás preparada para cargar con todo esto.

Aquel pensamiento atravesó como un rayo todo el cerebro de Mara. Durante dos semanas, se había preparado concienzudamente para aquel encuentro a distancia con Bruenor. El plan era minucioso, tal como debía ser. Con aquel plan, todo debía ir de la mejor manera. Lo que ahora estaba a punto de hacer, no era parte de una misión. Era por la necesidad del momento. Intentó convencerse a sí misma que todo ello se había vuelto algo imprescindible, debido a los errores cometidos. En primer lugar, si hubiera cerrado la mirilla en aquel momento, ella y el comandante ya estarían en el trayecto de regreso a Coruscant. Nom y su hijo habrían quedado indemnes. Ahora, seguir las directrices de ese plan, se había vuelto algo imposible. En en momento actual, se trataba de cumplir con su deber. Así se lo hizo saber a Nom.

—Durante mi entrenamiento, Nom, fui preparada para esperar lo inesperado. Una de las lecciones fue no dejar cabos sueltos. Tú podrías quedarte callado con respecto a mi presencia en este lugar, pero, ¿y Eno? Él es un niño. Ellos no saben cómo guardar secretos. ¿Por qué, te preguntarás? Porque los niños hacen preguntas —hizo una pausa antes de ordenarle—: Haz que venga.

Las lágrimas de Nom corrían sin control por sus mejillas. Sacudió la cabeza violentamente, y le dijo:

—No. No voy a ayudarte en eso.

Mara levantó una ceja.

—¿Conoces el precio por no hacer lo que te estoy indicando?

—Sí.

Mara reconsideró la situación.

—Realmente estás preparado para morir por él… ¿Estás dispuesto a renunciar a tu vida así por así?

—Sí. Yo ya he vivido mi vida. He tomado mis decisiones propias, buenas y malas. Enoban todavía no ha tenido esa oportunidad.

Mara sacudió la cabeza.

—Esto es patético. Mira en lo que te ha convertido el amor. ¿Y para qué? Para vivir una vida a medias.

Por primera vez desde que Nom estaba en la mira de su arma, se escuchó muy serio al momento de darle su respuesta:

—Sólo se vive una vez. Pero si vives de la manera *correcta*, una sola vez es suficiente.

Mara resopló.

—Correcto. Plan B.

Tomó el bláster de muñeca, y lo ocultó debajo de la túnica que se había agenciado. Repitió el mismo movimiento que Nom había realizado con anterioridad. Extendió el brazo, y logró atrapar el arma en la palma de su mano. Se quedó impresionada de ver cuán bien oculto podía estar, y cuán rápido podía llegar hasta su mano. Perfecto para lidiar con cualquier enemigo inesperado.

—Buen truco. Creo que voy a quedarme con esto.

Escondió nuevamente el bláster, y luego retomó su acento coruscanti.

—¡Eno! ¡Ven aquí! ¡Vamos a ponernos a jugar!

Eno llegó disparado desde su habitación, mucho más rápido que cualquier soldado de asalto que ella hubiera visto. Empezó a vociferar:

—¡Claro que sí! ¿A qué vamos a jugar?

—Vamos a jugar a lo que pensaste que yo estaba jugando, en el momento de encontrarme. A *las escondidas*.

—Oh, qué bien. ¿Voy a esconderme?

—No. Yo voy a hacerlo. Ustedes dos van a tener que encontrarme. Ahora, date la vuelta de cara a la pared. Así está bien. Tú también, Nom.

Nom vaciló un poco, mirando a Mara con incredulidad. Eno tiró de la túnica de su padre, y le dijo:

—Vamos papá, tenemos que empezar el conteo.

Nom se dio vuelta, mientras empezaba gimotear de nuevo. Eno se dio cuenta de las lágrimas de su padre, y no pudo hacer más que asegurarle:

—No llores, papá. Estoy seguro de que podremos encontrarla.

Nom no fue capaz de decir nada más.

Mara le indicó a Eno.

—Así está bien, Eno. Ahora, cierra los ojos, y cuando yo lo diga, empieza a contar hasta cincuenta. ¿Puedes hacerlo?

Eno asintió:

—Claro que sí, Retta.

Mara se lo pensó por un momento, y luego le dijo:

—Hey chico; en verdad, Retta es mi segundo nombre. Lo uso como protección. Allá en casa, las personas me llaman Mara.

—¿Mara? Bonito nombre. ¿Puedo empezar a contar ahora?

—Sí.

Los niños eran tan asertivos. Quizás demasiado.

Eno comenzó a contar, y Nom musitó algo lo suficientemente alto como para que Mara pudiera escucharlo:

—Vas a arrepentirte de esto por el resto de tu vida.

Mara replicó con un tono de voz monocorde:

—Nunca me arrepiento de nada.

Mientras Eno continuaba contando, Mara retrocedió algunos pasos por detrás de ellos. Extendió su brazo, y atrapó el bláster en miniatura. Lo niveló, apuntando a las

espaldas de ambos. Había llegado el momento. Sabía qué debía hacer. Todo para salvaguardar al Imperio. Nunca deben dejarse testigos.

Se imaginó a sí misma de regreso en aquel piso elevado, con el rifle de francotirador en sus manos, esa misma mañana. Aspiró el aire, y lo dejó escapar lentamente.

Realizó un disparo.

Y volvió a disparar.

El conteo se detuvo.

Capítulo IV

Salón del Trono del Emperador Palpatine: unos pocos días estándar más tarde

Ingresó en el descomunal ambiente, acompañada por dos de los guardias del Palacio Imperial, dispuestos a sus flancos. Sus brillantes uniformes de color rojo, reflejaban la tenue luz de matiz azulado que envolvía toda el área. Los tres marchaban al unísono, en dirección hacia el extremo opuesto de la habitación. Estaban caminando por un trayecto que a Mara le pareció inacabable. Se detuvieron al unísono al pie del estrado en donde se encontraba sentado el Emperador. De inmediato, los guardias realizaron un saludo, y desfilaron hacia afuera del ambiente.

En aquel momento, Mara se encontraba completamente a solas con el amo supremo de la galaxia.

A pesar de su generosidad al haberse hecho cargo de ella a una edad tan temprana, y al decidir empezar con su entrenamiento, todavía para ella, la presencia de Palpatine era algo intimidante. Él se mostraba impávido, mientras seguía sentado en su trono, al tiempo que ella permanecía de pie en los escalones inferiores de la escalinata.

—He leído el reporte de tu última misión.

Como siempre, no había ningún preámbulo con saludos ni formalidades. Directo al meollo del asunto.

—Debo decirte que me siento complacido —añadió.

Mara dejó escapar un suspiro de alivio, pero a la vez se sintió algo confundida.

—Milord, ¿qué hay con respecto a mi carencia de habilidad para manejar ese arma? Si no hubiera sido por eso, la misión habría discurrido de manera más eficiente.

Palpatine dejó ver una sonrisa parcial.

—Mi niña, llegarás a descubrir que va a haber muchas misiones que no llegarán a ser ejecutadas de manera eficiente; ¿alcanzaste tu objetivo?

—Sí señor.

—¿Y el blanco fue eliminado?

—Sí.

—Entonces, le diste cumplimiento a tu misión. Los medios para llevar a cabo una misión, no son tan importantes como el tener éxito en alcanzar tu objetivo.

—Sí, Milord.

—Entonces, deja que ésta sea una lección que puedas tomar en cuenta para que no cometas los mismos errores en un futuro.

—Gracias, señor. Yo… yo pensé que usted estaría enojado conmigo.

Palpatine se inclinó hacia adelante en su trono, y siseó:

—No confundas mis palabras con la admiración, joven Jade. Toma mis palabras como una advertencia de que si continúas cometiendo semejantes errores triviales durante tu próxima misión, mi estado de ánimo no será tan indulgente. ¿Has entendido?

Mara engulló un bocado de saliva.

—Sí, Milord. No volverá a suceder.

—Bien. Ahora, dejemos eso en el pasado. Por otra parte, deseo hablarte con respecto a algo más en tu reporte. Algo con respecto a un encuentro con un padre y con su hijo.

Mara se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir acerca de ello? Debí buscar refugio después de disfrazarme. En realidad, el muchacho se acercó a mí, y la oportunidad se presentó sola. Tuve la posibilidad de contactar al comandante Adan, y le envié un mensaje. Su respuesta me indicó un punto de reunión. Ese padre y su hijo, eran prescindibles. Ambos representaban un riesgo que no valía la pena tomar. Tal como lo dejé establecido en mi reporte.

—Ah, pero de lo que deseo hablar, es de lo que *no* está en tu reporte.

Mara se veía confundida.

—No entiendo.

—Entonces, deja que sea directo contigo. Me parece sentir que en esta misión, has aprendido algo más que simplemente corregir tus errores.

—¿A qué se refiere?

—No me subestimes, joven Jade. Ya te he hablado acerca de tu utilización de la Fuerza. Todavía tienes que descubrir cómo poder controlarla, pero ya la estás empleando, te des cuenta de ello o no. Y a través de ella, puedo percibir que hay algo en ti, algo que se parece a la confusión. Debo admitir que has logrado ocultarla bastante bien. Eventualmente, ésa se convertirá en una habilidad muy útil. En contra de tus enemigos. Pero no debes emplearla en contra mía. ¿Hay algo que no me estés diciendo? Mi niña, no es sensato ocultarme las cosas.

En lugar de pretender enmascarar lo que sentía, Mara le reveló lo que había en su interior.

—Tiene razón, Milord. Me encuentro confundida. Aquel padre ofreció su propia existencia a cambio de que dejara con vida a su hijo. Lo que no logro entender, es el sacrificio que él estaba dispuesto a hacer.

—Tengo varios oficiales y soldados de asalto que no dudarían en ofrendar sus vidas si las circunstancias lo requirieran.

—Pero eso lo harían en nombre del Imperio. Aquel padre quería dar la vida a cambio de otra vida.

—Ah, estás hablando del amor. Del compromiso. Mara, ¿qué te he dicho acerca de esas cosas? El precio por tenerlas, es demasiado grande. Incluso Lord Vader es consciente de todo el costo que ello implica. Y antes de que hagas nada, permíteme darte un consejo: jamás vayas a *preguntarle* acerca de ese asunto.

—No lo haré. Me doy cuenta de lo que supone dicho costo. El amor de ese padre por su hijo, hizo que ambos terminaran con un disparo. Y estoy de acuerdo. El compromiso

es algo inútil. Implica demasiadas cosas. Aunque ellos parecían ser felices juntos. Fue la primera vez que he experimentado de qué se trata tener una familia.

—¿Es eso lo que quieres?

—No, señor. Soy y siempre seré leal al Imperio.

Palpatine empezó a esbozar una sonrisa.

—Quizás hayas aprendido más de lo esperado en esta misión. Vas a convertirte en una baza invaluable para el Imperio.

—Gracias, Milord.

—Ahora, ya se va haciendo tarde. Continuarás con tu entrenamiento el día de mañana.

—Sí, señor.

—Puedes retirarte, jovencita.

Epílogo

A solas en sus habitaciones, y dentro de la cama, Mara empezó a reflexionar acerca de la que consideraba era su mayor habilidad. El engaño. No sólo era capaz de enmascarar su voz, y de cambiar su apariencia a su antojo, sino que también podía ocultar por completo sus sentimientos. Se sentía satisfecha de que Palpatine lo hubiera descubierto esa misma noche. La Fuerza todavía era algo misterioso para ella. En aquel momento, habían muy pocos iniciados en la Fuerza en la galaxia, sin contar al Emperador y a Lord Vader. Estaba contenta de que Palpatine finalmente hubiese podido darse cuenta de las dudas que albergaba en su mente, y que hubiera decidido sostener aquella conversación acerca de Nom Dusat con ella.

Su encuentro con Nom Dusat, la había forzado a plantearse preguntas que jamás había pensado que podría hacer.

¿Por qué había sido elegida para someterse a semejante entrenamiento? ¿Por qué era la única que lo estaba llevando a cabo? ¿Por qué era ella tan importante para Palpatine? ¿Qué planes tenía para con ella en el futuro?

Pero la pregunta más inquietante que tuvo que hacerse a sí misma, era por qué sentía la necesidad de obtener respuestas para todas esas interrogantes. Quizás no había tales respuestas. Quizás las respuestas no fueran más que mentiras. Pero también sabía que algunas de ellas constituían un hecho innegable.

Sabía que deseaba continuar con su entrenamiento para servir al Imperio. Sabía que podía contribuir para mantener la galaxia como un lugar seguro para vivir, en el futuro. Sin importar lo que se requiriese. Sabía que ése era su mayor objetivo. Además sabía que no lograría obtener, por parte del Emperador, todas las respuestas a sus preguntas. Él también solía hacer gala de su propia capacidad de engaño. Mara siempre le estaría agradecida por haberla acogido a una edad tan temprana, y por haberla ayudado a enrumbar su camino para servir al Imperio. Pero ello no significaba que confiara en él. Especialmente, con sus propios secretos, los cuales deseaba mantener en las sombras ante él.

Como había dicho Nom Dusat:

Cuando uno mata o destruye bajo las órdenes de quienes detentan el poder, una parte de tu alma es destruida en el proceso.

Ella nunca permitiría que aquello le sucediese. Tenía una firme convicción acerca de eso. Y sentía que su determinación, era una fortaleza a tomar en cuenta. Ella nunca tendría una familia. Y es que su papel dentro del Imperio, le impedía aspirar a tener una. Por dicha razón, la idea de sacrificarse a sí misma en aras del amor, le resultaba tan extraña. Para ella, lo que Nom había estado queriendo hacer por su hijo, era una debilidad. El mismo tipo de debilidad que había estado diseminándose por toda la galaxia. Era su función el ayudar al Imperio, a aplastar semejante debilidad. Sin importar nada.

Pero Mara conocía cómo era la realidad. Así como debían haberla conocido Nom y el pequeño Enoban. Librar la galaxia de tal debilidad, también significaba librarla del amor. Y aquello sería equivalente a querer librarla del miedo y del temor. Nuevamente, las emociones se interponían en su camino. Era como estar bailando sobre una hoja de doble filo. El balance era la clave para sobrevivir a ellas. La manera en que uno se inclinaba, terminaba por decidir su propio destino.

Incluso desde el mismo momento en que Mara había oprimido ese gatillo, en contra de Nom y de Eno, no había podido sacudirse del pensamiento de cuál debería ser su verdadero destino. ¿En cuál lado del filo de las emociones acabaría por caer? Tenía miedo de averiguar la respuesta. Era algo que jamás podría confiarle a Palpatine. Tendría que mantener la respuesta oculta en lo más profundo de su interior, por toda la vida. Ése sería su secreto.

Se sentó sobre su cama, y encendió la lámpara. Tomó la nueva arma de la que se había apropiado. El bláster de muñeca que le había arrebatado a Nom. El arma que había empleado en contra de aquel hombre. A ella le hubiera gustado guardar un recuerdo de su primer asesinato. Pensaba que podía haber sido el rifle de francotirador. Pero las circunstancias habían trastornado el discurrir de sus planes. Su error había evitado que aquello ocurriese. En lugar de ello, allí tenía otro recordatorio. Uno que le había enseñado muchas cosas más acerca de la muerte. Y de la piedad.

Acarició el arma que estaba acurrucada en su mano. Desconectó el modo de aturdimiento en el que había estado programada. Habiendo conocido a Nom Dusat, con toda seguridad era la primera vez que se cambiaba la configuración del diminuto bláster. Fue en ese momento que se decidió por completo:

No importaban los porqués.